

## LA CULTURA ES UN ARMA

Por motivos profesionales, recientemente he tenido la oportunidad de llevar mi trabajo escénico a la zona de Tierra Caliente Michoacán y comprobar de viva voz la generosidad de un público poco acostumbrado a eventos y actividades culturales profesionales y para el cual, la violencia ha sido no solo moneda corriente sino un estilo de vida. Los eventos masivos estaban prácticamente prohibidos y la avidez de los espectadores por sentirse escuchados es total y magnífica.

Mientras se llevaba a cabo la función de nuestra obra No tocar con la compañía Neurodrama en Parácuaro una maestra me señaló a un chico – iba rodeado de otros – que salió del salón ejidal, habilitado rústicamente como teatro, sin pedir ningún permiso, desinteresado por completo de la ficción escénica. Me susurró la maestra: él está con los autodefensas y a veces acude a la escuela armado; su papá es miembro de La Familia y están enfrentados a muerte; uno al otro se buscan.

Estamos hablando de un menor de edad, estudiante de bachillerato que se levantó en armas contra su padre y organiza un grupo civil armado dentro de una escuela pública. Tragedias que Shakespeare habría juzgado exageradas.

Mientras este tipo de jóvenes perdían de vista nuestra humilde oferta escénica, otras decenas se quedaban atentos al tránsito de los personajes, al juego multimedia, al desenlace de la ficción. El abismo entre las clases sociales, económicas, las aspiraciones culturales y políticas determinan la necesidad de ser sensibilizados o de omitir por completo cualquier mensaje que el arte y la cultura puedan esgrimir. Para que el convivio escénico y aún más artístico ocurra debe existir voluntad, aunque sea mínima, entre las partes.

Es probable que no podamos llegar a sensibilizar, dialogar estéticamente con un chico a quien la vida le ha mostrado las cartas erróneas y que no puede poner atención para las cosas cotidianas y propias de su edad, pero el resto que aún está ahí y que dicho sea de paso es una amplia mayoría sí puede ser objeto de maniobras de vinculación entre la materia artística y su entorno. El arte y la preocupación por su identidad cultural sucederá siempre y cuando se hable de frente con el sujeto, tratando no de moralizar ni de construir un mensaje aleccionador a través de las artes, sencillamente ofreciendo un objeto perceptible. La cultura y el arte son armas de transformación social que permiten abrir una puerta sensible a quienes no conocen otros estilos de vida ni de expresión, a quienes se sienten lejos de la vida urbana.

La misión del artista en México, hoy más que nunca, es elaborar un pequeño planteamiento estético que trascienda al entretenimiento ramplón de la televisión y el cine y perdure más allá de lo que dura una pieza. Sin embargo, las instituciones – y aquí se debe ir más allá de las instancias culturales – deben propiciar que el arte y la cultura tengan espacio en sus convocatorias y políticas públicas para este tipo de prácticas. El desarrollo social, económico y educativo de una entidad depende cada vez más del entendimiento de las artes en el concierto social como parte fundamental, no solo para transmitir mensajes, sino para establecer un puente sensible entre ciudadanos, más allá del protagonismo enfermizo de los funcionarios públicos. Ojalá en Hidalgo esta noción trascienda al CECULTAH y sea una política general de estado, en especial en los municipios en los que debemos prevenir que suceda lo que hoy ocurre en Michoacán.